



EL PADRE

L.M.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
46. 7826 MONTERREY, MEXICO



EL PADRE

JUAN de Valnoix es un amigo á quien voy á ver de cuando en cuando. Habita una pequeña finca de su propiedad, á la orilla de un río, en un bosque, á donde se retiró después de vivir en París locamente durante quince años. De pronto se cansó de las diversiones, de los banquetes, de los hombres, de las mujeres, del juego, de todo; y se fué á vegetar en aquella finca, en la cual había nacido.

Somos tres ó cuatro los que solemos ir, de cuando en cuando, á pasar quince días ó tres semanas con él. Nos recibe alegremente, por el gusto de volver á vernos, y nos despide con alegría, por el placer de quedarse de nuevo solo.

Pues bien, la semana última fui á su casa y me recibió con los brazos abiertos. Pasábamos las horas ya juntos, ya separados. Por lo regular, él estaba el día leyendo, yo trabajando; y hablábamos desde la hora de comer hasta media noche.

El martes último, después de una tarde calurosa y asfixiante, nos hallábamos los dos, á las nueve de la noche, á la orilla del río, viendo correr el agua junto á nuestros pies y cambiando superficiales impresiones referentes á las estrellas, que se bañaban en la corriente como si nadaran á nuestra vista. Yo me conmovía contemplando la moribunda estrella de la Osa Mayor, que aparece sólo en las noches muy claras, por su extremada palidez, desapareciendo cuando el cielo está brumoso. Pensábamos en los seres que pueblan esos mundos, en sus formas inconcebibles, en sus facultades no imaginadas, en sus organismos ignorados, en animales, en vegetales en todas las especies, en todos los reinos, en todas las esencias, en todos los elementos que la imaginación del hombre no alcanza ni á entrever.

Oímos de pronto una voz lejana que decía:

—¡Señor! ¡señor!

Juan contestó:

—¡Aquí estamos! ¡Bautista!

Llegó el criado, y dijo:

—Es la gitana del señor.

Mi amigo se puso á reír con toda su alma, cosa en él poco frecuente, y preguntó:

—¿De modo que ya estamos á 19 de Julio?

—Sí, señor.

—Bueno; dile que me aguarde y dadla de cenar. Dentro de diez minutos iremos allá.

Cuando el criado se fué, mi amigo se colgó á mi brazo y dijo:

—Andemos despacio y te contaré una historia:

«El año de llegada, y hace ya siete que vivo aquí, salí una noche á dar un paseo por el bosque. Hacía un tiempo hermoso, como ahora; yo andaba lentamente bajo los frondosos árboles, contemplando las estrellas á través del follaje, respirando y absorbiendo con fruición el aire fresco y la tranquilidad nocturna.

Acababa de ausentarme de París para siempre. Hallábame todo lo cansado, todo lo hastiado que puede hallarse un hombre, de las estupideces, de las torpezas, de las obscenidades que había visto y en las que había tomado parte durante quince años.

Me alejaba mucho, mucho, atravesando la espesura del bosque por el hondo camino de Crowville, pueblo situado á doce kilómetros de mi finca.

De repente, mi perro, un terranova enorme que

no se aparta nunca de mí, se detuvo y comenzó á rezongar. Creyendo que olisqueaba un zorro, un lobo, un jabalí, avancé despacio, de puntillas, para no hacer ningún ruido; pero de pronto, llegaron á mi oído ecos de voces humanas, gritos lastimeros, ahogados y desgarradores. Seguramente se cometía un asesinato entre las malezas y acudí corriendo, empuñando fuertemente un grueso garrote de encina que me servía de apoyo, una verdadera maza.

Siguiendo la dirección que me indicaban los gemidos, los oía más cerca, pero extrañamente apagados. Habríase dicho que salían de una casa, tal vez de la choza de un carbonero. El terranova iba delante de mí, corriendo, parándose, volviendo á correr, excitadísimo, gruñendo sin cesar. De pronto, un perrazo negro con los ojos encendidos, nos cerró el paso, y distinguí claramente sus colmillos blancos, como si brillasen dentro de su boca.

Fuí hacia él enarbolando el garrote; pero mi terranova le acometió sin darme tiempo de llegar, y las dos bestias rodaron por tierra luchando furiosamente. Tropecé con un caballo tumbado en el camino y al detenerme, sorprendido, para examinar al animal, vi ante mí un coche ó más bien una casa con ruedas, como los usan los titiriteros y

los mercaderes ambulantes que recorren los pueblos, de feria en feria.

De allí salían los gritos, horrorosos, insistentes. La puerta estaba del otro lado, en la trasera del coche; pasé y subí de un salto el estribo triple de madera, dispuesto á lanzarme contra el malhechor.

Lo que vi, parecióme tan extraño, que de pronto no pude comprenderlo. Vi á un hombre de rodillas, como si rezara, y en el camastro embutido en aquel cajón, vi algo confuso, movable, como un cuerpo humano, medio desnudo, encogido, arrollado, con el rostro cubierto, revolviéndose, agitándose, chillando.

Era una mujer con dolores de parto.

Cuando comprendí qué género de accidente producía lamentaciones tales, hice notar mi presencia, y el hombre, con aspecto de marsellés, aturdido, me rogó que la salvara, que la salvara, prometiéndome con una lluvia de frases, un agradecimiento inverosímil. En mi vida había presenciado un parto; jamás ayudé á hembra ninguna, mujer, perra ó gata en esos trances, y así lo dije, mientras contemplaba con asombro á la infeliz que seguía desgañitándose y retorciéndose como una endemoniada en su camastro.

Cuando hube recobrado mi serenidad, pregunté

al hombre aturdido, por qué no seguían hasta el próximo pueblo. El caballo, cayendo en un bache, debió romperse una pata, pues no podía levantarse.

—Vaya, hombre —le dije—; ahora entre los dos podemos arrastrar el coche hasta mi casa.

Pero los aullidos de los perros nos obligaron á salir, y fué preciso separarlos á garrotazos.

Luego se me ocurrió engancharlos á las varas para que nos ayudasen también, uno á la derecha y otro á la izquierda.

En diez minutos quedó todo arreglado, y el coche se puso en marcha lentamente, y cada tumbo que dábamos en las rodadas profundas, era un martirio para la pobre mujer dolorida.

¡Qué jornada! Ibamos jadeantes, hipando, sudando, resbalando, tropezando y cayendo á veces, mientras los pobres perros fatigados, resoplaban, como dos fuelles de fragua, entre nuestras piernas.

Necesitamos tres horas para llegar á la finca. Cuando llegábamos á la puerta, ya no se oían lamentos en el coche. La madre y la criatura se hallaban perfectamente.

Los acostaron en una buena cama; luego dispuse que salieran á buscar un médico, mientras el marsellés, tranquilo, satisfecho, triunfante, comía

bárbaramente, hasta reventar, emborrachándose para celebrar el fausto acontecimiento.

Había nacido una niña.

Los tuve tres días en mi casa. La madre, se llamaba Edelmira, y era una sonámbula extralúcida, que me auguró una existencia interminable y dichas á porrillo.

Al cumplirse un año, día por día, mientras yo fumaba tranquilamente un cigarro, después de comer, entró mi criado y me dijo:

—Ahí está la gitana, que viene á dar las gracias al señor.

Mandé que la dejasen pasar y quedéme asombrado viéndola en compañía de un mocetón alto y rubio, un tipo del Norte que, después de saludarme, tomó la palabra como jefe de la pandilla.

Hallábase al tanto de lo que yo hice por Edelmira, y no quiso que pasara el aniversario sin ir á saludarme y ofrecerme un testimonio de su agradecimiento.

Mandé que les dieran de cenar en la cocina y durmieron en mi casa aquella noche; al día siguiente se marcharon. Pero la pobre mujer, vuelve todos los años en la misma fecha, con su hija, una criatura encantadora, y cada vez trae un... compañero distinto.



Sólo un auvernés, que me dió las gracias, como todos, presentóse dos años consecutivos. La niña llama papá, sucesivamente, á todos.»

Llegábamos ya, y distinguimos, vagamente, de pie, junto á la escalera, tres sombras que nos aguardaban.

La sombra mayor, adelantándose cuatro pasos, y después de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Señor conde; venimos en esta fecha para ofrecerle un testimonio de nuestro agradecimiento...

¡Era un belga!

Después habló la pequeña, con el tonillo estudiado que las criaturas emplean para recitar una felicitación.

Yo, como si no hubiese advertido nada, estuve hablando un poco á Edelmira, y acabé preguntándola:

—¿Es el padre de la niña?

—¡Oh! no, señor.

—El padre, ¿ha muerto?

—No, señor; vive y nos vemos alguna vez que otra. Es gendarme.

— ¡Ah! ¡Vaya! ¿De modo que no es el marsellés, el primero que yo conocí?

—No, señor. Aquél era un granuja que me robó todo el dinero.

—Y el gendarme, ¿conoce á su hija?

—¡Oh! Sí, señor; y la quiere muchísimo; pero no puede ocuparse de la niña porque tiene otros hijos con su mujer.

